

número 27- federación de servicios a la ciudadanía de CCOO

perspectiva

CCOO
servicios a la ciudadanía

**THE ONLY
SUSTAINABLE
GROWTH IS
DEGROWTH**

Crecer o decrecer



Dirección:

Xavier Navarro

Consejo de redacción:

Xavier Navarro, Pepe Gálvez, Mertxe Paredes, Joan Coscubiela, Juana Olmeda, Pilar de Vera López, Gemma Galdón Clavell, Lucho Palazzo, Pepe Fernandez y Patricia Castro

Consejo Asesor:

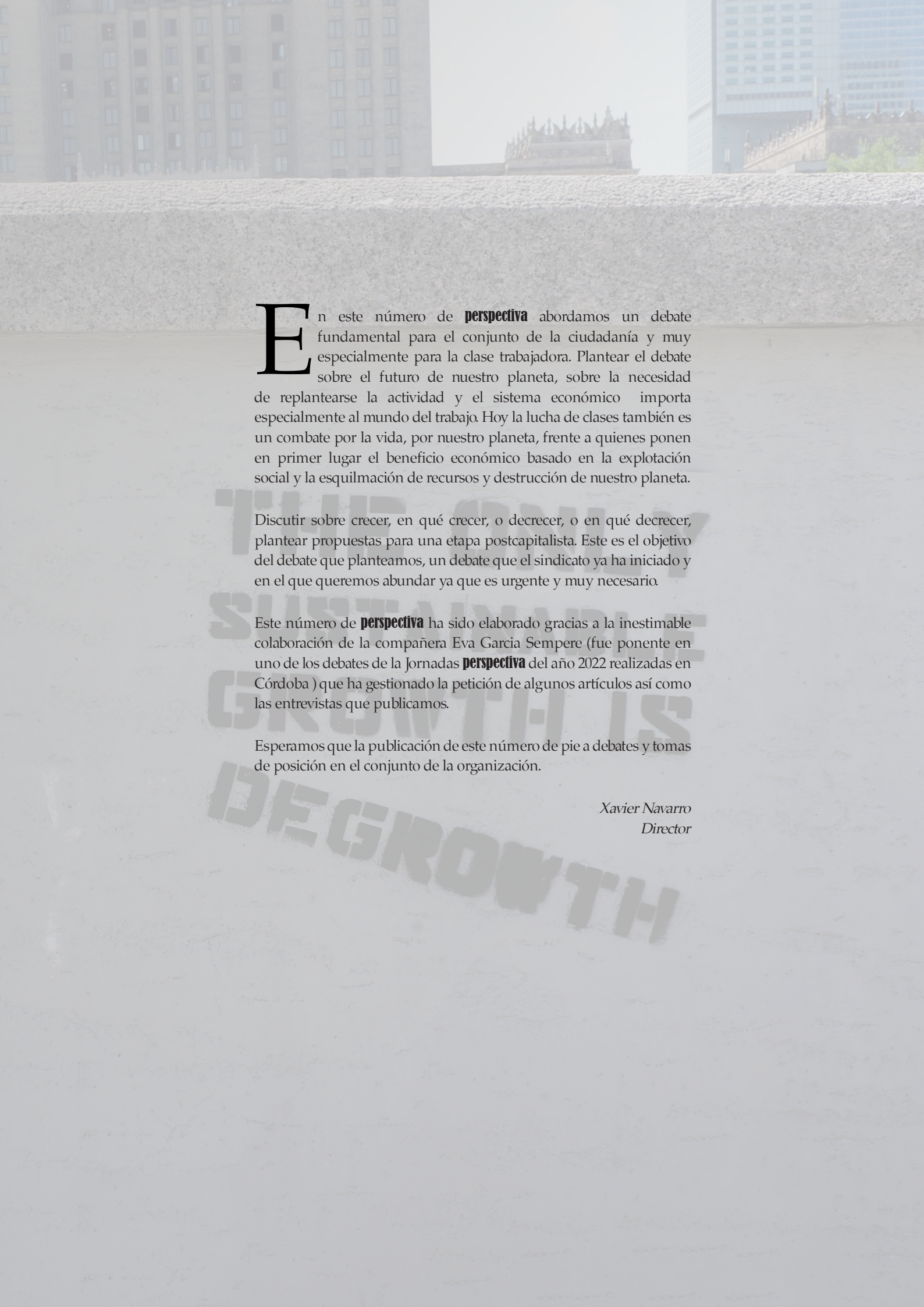
Manel Garcia Biel, Javier Doz, Ignacio Muro, Juan Laborda, Bruno Estrada, Joan Herrera, Lluís Camprubí, Maite Ojer, Aritz Cirbian, Jaume Bosch, Isàvena Opisso, Javier Tébar, Rosa Sans, Ricard Bellera, Beatriz Ballestín, Lidia Brun, Carlos Tuya, Gemma Lienas, Juan Manuel Tapia, Francisco Rodríguez de Lecea, Alfons Labrador, Amparo Merino Segovia y Belen Cardona Rubert

Edición y maquetación:

Comunicación FSC-CCOO

Depósito legal: M-29458-2015





En este número de **perspectiva** abordamos un debate fundamental para el conjunto de la ciudadanía y muy especialmente para la clase trabajadora. Plantear el debate sobre el futuro de nuestro planeta, sobre la necesidad de replantearse la actividad y el sistema económico importa especialmente al mundo del trabajo. Hoy la lucha de clases también es un combate por la vida, por nuestro planeta, frente a quienes ponen en primer lugar el beneficio económico basado en la explotación social y la esquilma de recursos y destrucción de nuestro planeta.

Discutir sobre crecer, en qué crecer, o decrecer, o en qué decrecer, plantear propuestas para una etapa postcapitalista. Este es el objetivo del debate que planteamos, un debate que el sindicato ya ha iniciado y en el que queremos abundar ya que es urgente y muy necesario.

Este número de **perspectiva** ha sido elaborado gracias a la inestimable colaboración de la compañera Eva García Sempere (fue ponente en uno de los debates de la Jornadas **perspectiva** del año 2022 realizadas en Córdoba) que ha gestionado la petición de algunos artículos así como las entrevistas que publicamos.

Esperamos que la publicación de este número de pie a debates y tomas de posición en el conjunto de la organización.

Xavier Navarro
Director



Crónicas del Antropoceno: reflexiones sobre la paradoja del crecimiento y la sustentabilidad

Javier Arribas. Profesor de Economía en la Universidad Complutense de Madrid
Coordinador Secretaría de Transiciones Estratégicas y Desarrollo Territorial de CCOO



En este momento de nuestra historia, el planeta está atravesando cambios sin precedentes lo que implica obligatoriamente cambios aún mayores en las sociedades.

En el complejo entramado de factores que intervienen en el equilibrio climático terrestre, el sistema global de circulación, principalmente orquestado por corrientes marinas, desempeña un papel esencial. Sin embargo, las investigaciones recientes han puesto en tela de juicio la estabilidad de este sistema, sugiriendo posibles repercusiones derivadas del cambio climático.

En 2018, un par de investigaciones arribaron a una alarmante confluencia de hallazgos: este sistema de circulación mostraba signos preocupantes de debilidad. Dicha ralentización en las corrientes, responsables de transportar agua desde las zonas tropicales al norte, no pasó desapercibida para organismos internacionales, y el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de la ONU corroboró estas inquietudes.

Pero el panorama, lejos de clarificarse, ha cobrado tintes más oscuros. Una reciente investigación procedente de la Universidad de Copenhague, con Susanne Ditlevsen como una de sus figuras centrales, postula que, de no atenderse

adecuadamente la creciente emisión de gases de efecto invernadero, podríamos estar ante una paralización de la circulación de vuelco meridional del Atlántico (AMOC) hacia el año 2057. No obstante, es importante subrayar que esta proyección, aunque respaldada por evidencia robusta, ha generado debates académicos sobre la fiabilidad y solidez de las metodologías y datos empleados.

La AMOC, que fundamenta su dinámica en las diferencias de temperatura y salinidad entre aguas superficiales y profundas, tiene una influencia climática que trasciende fronteras. Las aguas cálidas tropicales, por ejemplo, viajan al norte, modulando climas en regiones tan dispares como Europa occidental y la costa este de América. Esta circulación no se restringe únicamente al Atlántico, sino que involucra a los océanos Pacífico e Índico. Ditlevsen señala que esta dinámica es relativamente reciente en términos geológicos, habiéndose consolidado hace unos 12000 años tras la última glaciación, lo que tuvo un impacto crucial en el desarrollo y expansión humana.

Sin embargo, el presente trae consigo nuevos desafíos. El deshielo glacial, fruto del cambio climático, introduce grandes volúmenes de agua dulce al sistema. Aunque fría, su menor

“Mientras que la tecnología puede abrir puertas, la desigualdad, el acceso limitado a la educación y a servicios de salud, entre otros factores, pueden restringir significativamente el crecimiento sostenible. En esencia, el progreso tecnológico no siempre se traduce en progreso social o económico para todos”



densidad en comparación con el agua salada la hace menos propensa a sumergirse, alterando el delicado equilibrio de la AMOC.

Ditlevsen y sus colaboradores, en un intento por rastrear históricamente el comportamiento de la AMOC, recurrieron a registros indirectos, analizando temperaturas superficiales marinas del Atlántico Norte de los últimos dos siglos. Sus resultados, aunque reveladores, han sido objeto de crítica. Expertos como Alexander Robinson del IGEO y el climatólogo Pablo Ortega han señalado posibles limitaciones en confiar únicamente en anomalías de temperatura para inferir el estado de la AMOC.

Los datos recientes presentados por la Organización Meteorológica Mundial (WMO) para 2022 ofrecen una visión perturbadora del estado actual de la Tierra, una que resalta la urgente necesidad de acción y adaptación.

Uno de los indicadores más inquietantes es el aumento de la temperatura media global. En 2022, nuestro planeta experimentó un aumento de temperatura de 1,15°C en comparación con el periodo de 1850-1900. Esto no es simplemente una anomalía; es una tendencia, con los últimos ocho años, desde 2015 hasta 2022, catalogados como los más cálidos desde que comenzaron las mediciones en 1850. Este aumento de la temperatura está íntimamente ligado a fenómenos climáticos como El Niño y La Niña, siendo 2016 el año más cálido, coincidiendo con el fenómeno de El Niño.

Paralelamente, las emisiones humanas, sobre todo de los combustibles fósiles, siguen siendo una de las principales

causas del calentamiento global. En 2021, la concentración de gases de efecto invernadero, incluidos el dióxido de carbono, el metano y el óxido nítrico, alcanzó niveles sin precedentes. Estos gases, atrapando calor en nuestra atmósfera, alimentan fenómenos extremos como las olas de calor. Europa, por ejemplo, ha sido testigo de olas de calor más intensas y frecuentes, con consecuencias mortales. Aún más lejos, China sufrió la ola de calor más prolongada de su historia.

El calentamiento global no afecta solo a la atmósfera; nuestros océanos están en crisis. En 2022, el nivel del mar alcanzó máximos históricos. La tasa de aumento del nivel del mar se ha duplicado en las últimas décadas, en gran parte debido al calentamiento oceánico y la pérdida de hielo continental. Los océanos, además de calentarse, están acidificándose a causa de la absorción de CO₂, poniendo en peligro innumerables ecosistemas marinos.

Mirando más allá de los océanos, la pérdida de hielo marino y de glaciares es una evidencia palpable de la crisis. La Antártida, por ejemplo, ha registrado niveles mínimos históricos de hielo marino. Los glaciares están disminuyendo a un ritmo alarmante.

A pesar de la amplia variedad de datos y estudios disponibles, el caso de California ofrece una visión particularmente clara del impacto del cambio climático. A pesar de ser un estado reconocido por sus rigurosas normativas medioambientales, ha experimentado un notable aumento en los incendios forestales. De 1971 a 1995, un promedio anual de 361 km² se vio afectado, cifra que ascendió a 1.710 km² a partir de 1996. La causa, según múltiples estudios, es principalmente el cambio climático.

“Una solución propuesta ante esta problemática y dentro de la innovación tecnológica es la idea de las economías de desmaterialización”

El lago Crawford, situado en las inmediaciones de Toronto, Canadá, ha emergido como una notable insignia en la dialéctica académica contemporánea, siendo centro de un debate que pondera la transición geológica desde el Holoceno hacia el proyectado Antropoceno.

Para contextualizar esta dialéctica, es imperativo entender primeramente el paradigma del Holoceno. Este período geológico, que se inició hace aproximadamente 11.700 años con el ocaso de la última glaciación, ha sido escenario del florecimiento y desarrollo sin precedentes de la civilización humana. La relativa estabilidad climática que caracterizó al Holoceno propició el advenimiento de la agricultura, la creación de conglomerados urbanos y el establecimiento de sociedades de gran complejidad. Si bien la humanidad comenzó a intervenir el medio ambiente en estas épocas, solo en tiempos más recientes tal intervención ha escalado a niveles alarmantes.

Por contraste, el concepto de “Antropoceno” se presenta como un reflejo de la modernidad y de la indiscutible imbricación humana en la modificación del medio ambiente. Aunque no universalmente aceptado por la comunidad geológica, este término, promovido al escenario mundial por Paul Crutzen en el año 2000, postula una era en la cual la humanidad ha asumido un rol protagónico, moldeando activamente el clima y el entorno planetario. La fecha de inicio de esta era sigue siendo objeto de debate académico, con posturas que oscilan entre la Revolución Industrial y etapas aún más tempranas vinculadas a la agricultura.

Lo que torna al lago Crawford particularmente relevante en esta discusión es su singular morfología. A pesar de su

diámetro modesto, el lago posee una característica meromíctica que favorece la sedimentación estratificada anualmente. La geóloga Francine McCarthy, al estudiar estos sedimentos, ha identificado patrones que reflejan la interacción humana con el entorno, especialmente evidente a partir de 1950, período que algunos expertos asocian con la “Gran Aceleración” y, por ende, con el posible inicio del Antropoceno.

Es digno de mención que, más allá de esta datación, el lago Crawford también revela vestigios de intervenciones antropogénicas previas, como es el caso del polen de maíz encontrado en capas correspondientes al siglo XIII o las alteraciones relacionadas con el Dust Bowl en 1935.

Las investigaciones de Colin Waters y Alejandro Cearreta, al identificar plutonio-239 en sedimentos posteriores a 1950, refuerzan la postura de que el lago Crawford podría ser el espejo geológico del inicio del Antropoceno.

Con todo, el debate no se circunscribe exclusivamente al ámbito de las nomenclaturas geológicas sino que, en el fondo, se está debatiendo si el impacto en el ecosistema y las consecuencias que estamos viviendo son responsabilidad del ser humano. Si existen esos cambios y son producidos por el ser humano, ¿estamos ante límites al crecimiento de nuestros sistemas?

La cuestión sobre la existencia de límites reales al crecimiento es un debate interdisciplinario que ha persistido por décadas, involucrando a economistas, ecologistas, sociólogos y otros expertos. Para comprender la profundidad y complejidad de esta interrogante, es esencial analizar las perspectivas más relevantes sobre el tema.



Desde una óptica ecológica y ambiental, nuestro planeta y sus recursos son vistos bajo el prisma de la finitud. Esta concepción argumenta que existen límites claros en materias primas, como minerales y combustibles fósiles, y en la capacidad de los ecosistemas para regenerarse y asimilar residuos. Así, los bosques, océanos y la atmósfera, por mencionar algunos, no pueden ser explotados indefinidamente sin consecuencias negativas. Por lo anterior, la solución pasaría por un cambio en el sistema de producción y consumo.

Sin embargo, si miramos el problema desde una perspectiva tecnológica y de innovación, la historia nos muestra una faceta diferente. Desde que la revolución industrial transformó nuestras sociedades, la innovación ha desempeñado un papel crucial en la superación de obstáculos previamente considerados insuperables. En este contexto, algunos economistas, politólogos o ingenieros sostienen que, a pesar de los desafíos, la capacidad humana de innovar nos permite expandir o incluso alterar los límites percibidos. En contraposición, no podemos ignorar los límites socioeconómicos que surgen del tejido mismo de nuestras sociedades. Mientras que la tecnología puede abrir puertas, la desigualdad, el acceso limitado a la educación y a servicios de salud, entre otros factores, pueden restringir significativamente el crecimiento sostenible. En esencia, el progreso tecnológico no siempre se traduce en progreso social o económico para todos.

Una solución propuesta ante esta problemática y dentro de la innovación tecnológica es la idea de las economías de desmaterialización. En este modelo, el crecimiento económico no se correlaciona directamente con el consumo de recursos físicos. En su lugar, las economías se orientan hacia servicios,

la digitalización y la optimización de la eficiencia, permitiendo una expansión en valor sin el coste ecológico tradicionalmente asociado al desarrollo.

Finalmente, debemos considerar la adaptabilidad intrínseca de las sociedades humanas. Aunque es cierto que pueden existir límites físicos y tangibles al crecimiento, la capacidad de adaptación humana sugiere que podemos redefinir y reinterpretar el concepto mismo de “crecimiento”. Esto podría conllevar un cambio en cómo conceptualizamos y medimos el progreso.

Resumiendo lo anterior, el dilema entre el crecimiento perpetuo y la sostenibilidad ha dejado una huella indeleble en el panorama académico y político contemporáneo. La esencia del debate reside en la pregunta sobre si la tecnología y la innovación pueden superar indefinidamente los límites ecológicos y de recursos del planeta. En el centro de este debate se encuentra una obra que, a pesar de los años, continúa siendo referencia: el “Informe Meadows”.

El legado de Thomas Malthus, quien en el siglo XVIII advertía sobre el peligro de un crecimiento poblacional desmedido que superara la capacidad de producción de alimentos, se ha mantenido vigente, con matices. Aunque sus proyecciones más pesimistas no llegaron a concretarse, principalmente debido a las innovaciones agrícolas y tecnológicas, su visión cautelar no se puede descartar del todo. Históricamente, es evidente que la humanidad ha logrado superar diversos techos malthusianos mediante avances tecnológicos que proporcionaron soluciones adaptativas y transformadoras. Las revoluciones, ya sean agrícolas, industriales o digitales, han



redefinido nuestra capacidad productiva y la manera en que gestionamos y consumimos recursos.

Sin embargo, fue el “Informe Meadows” el que cristalizó las preocupaciones modernas acerca de los límites del crecimiento. Publicado en 1970 y encargado por el Club de Roma, este informe utilizó la tecnología de modelado informático de la época para proyectar una serie de escenarios futuros, la mayoría de los cuales eran alarmantes. Si bien algunos de sus pronósticos específicos pueden ser objeto de discusión, el núcleo de su mensaje sigue siendo inquietante: hay límites al crecimiento en un planeta finito.

Las décadas posteriores al informe no estuvieron exentas de desafíos, pero finalmente no se experimentó un colapso catastrófico de recursos poco después del año 2000, como sugería el propio informe, sin embargo sí observamos importantes crisis relacionadas con el agua, la energía, la biodiversidad o los alimentos. Estas tensiones emergentes señalan que, aunque quizás no estemos en el borde del precipicio, nos podríamos estar acercando a él. Un ejemplo que ya en 1972, en el propio informe “Los límites del crecimiento” se alertaba, es el riesgo de decrecimiento en la producción alimentaria a causa de la sobreexplotación de recursos. Un estudio reciente de Nature Communications aporta una perspectiva más actualizada, enfatizando el “riesgo sistémico” que podría producirse por fallos simultáneos en las cosechas de regiones cruciales como América del Norte, Europa y el este de Asia debido a las alteraciones en las corrientes en chorro causadas por el cambio climático. Estas corrientes, vientos atmosféricos de gran influencia, al verse alteradas pueden llevar a la ocurrencia simultánea de

eventos climáticos extremos en varias regiones. El mismo estudio advierte sobre las repercusiones socioeconómicas y humanitarias, como el aumento en los precios de los alimentos y la resultante malnutrición, especialmente en las naciones menos preparadas para enfrentar dichos desafíos. Kai Kornhuber, principal autor del estudio, destaca la magnitud y la incertidumbre de los desafíos emergentes en el terreno de la seguridad alimentaria, enfatizando que estamos entrando en “aguas desconocidas”. La ONU señala que ya vivimos en un mundo “más hambriento que nunca”, con conflictos como el de Ucrania exacerbando la situación al influir en los costes energéticos y la disponibilidad de fertilizantes, factores que afectan directamente la producción alimentaria. La producción mundial de alimentos esenciales como el maíz, arroz, soja y trigo ha experimentado un declive en 2022. Las repercusiones de la crisis en Ucrania, sumadas a los efectos directos de la crisis climática, han llevado a situaciones alarmantes en el sector agrícola, como la sequía que afectó al 80% del territorio en la primavera pasada, con impactos devastadores en cultivos esenciales.

La creencia moderna, impulsada por importantes organismos y expertos líderes, de que la Inteligencia Artificial (IA) y la transformación digital, es decir la solución tecnológica es la panacea para nuestras crisis contemporáneas es una visión que requiere un análisis detallado y crítico. Se sugiere que la IA es la solución para la crisis climática. Esto ha sido respaldado por instituciones de renombre como el Foro Económico Mundial, el Council on Foreign Relations y el Boston Consulting Group, cuya postura se basa en la idea de que la IA puede ayudar a desarrollar estrategias basadas en datos para luchar contra el cambio climático, especialmente en

“Con la dependencia de materiales como el litio para el avance tecnológico y las soluciones de energía limpia, surge la preocupación de la sustentabilidad de la cadena de suministro y las implicaciones geopolíticas subyacentes”



las regiones más vulnerables (Boston Consulting Group). Eric Schmidt, ex director ejecutivo de Google, capturó la esencia de este argumento al decir que enfrentar problemas como el cambio climático requiere más inteligencia. Sin embargo, ¿es realmente una falta de inteligencia lo que ha impedido que se tomen medidas sustanciales contra el cambio climático? Los consejos de académicos y expertos han sido claros durante años: necesitamos cambios drásticos en nuestras prácticas de consumo y producción. Sin embargo, la resistencia a estas recomendaciones no proviene de una falta de comprensión, sino más bien de intereses económicos profundamente arraigados, centrados en el modelo de crecimiento basado en el consumo. Por lo tanto, es simplista esperar que la IA nos ofrezca una respuesta conveniente y más fácil de implementar. Además, la ironía radica en el hecho de que la comercialización de la IA podría exacerbar la crisis climática debido al impacto ambiental de los servidores y el posible estímulo de patrones de consumo insostenibles. Por otra parte, hay una desventaja en toda esta innovación: a medida que la electrónica invade todo, los residuos electrónicos se acumulan a un ritmo sin precedentes. Ya es el flujo de residuos de más rápido crecimiento en el mundo, y ahora representa hasta el 70% de los residuos tóxicos en los vertederos en los Estados Unidos. Los enfoques tomados hasta ahora, aunque bien intencionados, no han abordado la magnitud del problema. En los Estados Unidos, la tasa de reciclaje de la electrónica sigue siendo obstinadamente baja. Los intentos de aprobar regulaciones de residuos electrónicos a través del Congreso han fracasado. Sólo se recicla el 17,4% de los desechos electrónicos en todo el mundo y en 2030 la cifra total de residuos ascenderá a 74 millones de toneladas -en la actualidad existen 56 millones-.

La transición hacia una economía global descarbonizada es uno de los desafíos más apremiantes y complejos de nuestro tiempo. Con la dependencia de materiales como el litio para el avance tecnológico y las soluciones de energía limpia, surge la preocupación de la sustentabilidad de la cadena de suministro y las implicaciones geopolíticas subyacentes. Basándonos en las investigaciones de Vekasi, los metales conocidos como tierras raras, entre los que se incluyen la bauxita, el litio y el tungsteno, desempeñan un papel crucial en tecnologías energéticas emergentes, como los automóviles eléctricos y turbinas eólicas, además de ser esenciales en muchos dispositivos electrónicos modernos y ciertas aplicaciones militares. Se anticipa que su demanda crezca de 2 a 8 veces en comparación con la actual. Para obtener productos útiles a partir de estas tierras raras, es esencial una amplia infraestructura industrial. China ha establecido su dominio en este sector, poseyendo entre el 50% y 60% del mercado minero de estas tierras y aproximadamente el 90% en etapas de procesamiento intermedio. En enero de 2022, China lanzó la empresa China Rare Earth Group, que se encargará de entre el 60% y 70% de la producción nacional de estas tierras, lo que representa entre el 30% y 40% de la producción global. El siglo XXI ha presenciado una transformación tecnológica sin precedentes, respaldada por una creciente necesidad de tierras raras y minerales críticos, esenciales para una variedad de aplicaciones tecnológicas y para el futuro sostenible. Sin embargo, con esta demanda creciente yace una complejidad que envuelve cuestiones geopolíticas, industriales y medioambientales.

Las tierras raras se encuentran en el núcleo de las tecnologías de transición energética. Desde vehículos eléctricos hasta turbinas eólicas y dispositivos electrónicos modernos, estos elementos

son esenciales. Sin embargo, su extracción y procesamiento presentan desafíos significativos. Después de la extracción, las tierras raras requieren un procesamiento intensivo para transformarse en productos utilizables para la industria. Este paso intermedio es dominado casi en su totalidad por China.

Sin embargo, la dependencia de Europa de fuentes externas para estas materias primas críticas presenta preocupaciones geopolíticas y económicas. A pesar de que existen reservas de tierras raras dentro de Europa, en países como Suecia y España, las restricciones medioambientales y la oposición local han limitado su explotación. El reciclaje, una propuesta prometedora, todavía se encuentra en sus primeras etapas, con la UE reciclando apenas el 1% de sus tierras raras.

Más allá de las tierras raras, otros minerales críticos también están ganando protagonismo. El cobre, el litio, el estaño, el níquel y el aluminio son esenciales para una variedad de aplicaciones tecnológicas. La distribución geográfica de estos recursos es desigual, con países como Chile, Perú y China liderando la producción de varios de estos minerales. Sin embargo, el control de los minerales por sí solo no garantiza la supremacía tecnológica. La infraestructura, productos, empresas y mercados que facilitan tecnologías emergentes, como el Internet de las cosas y la computación cuántica, también juegan un papel crucial.

Los desafíos asociados con la transición ecológica y la dependencia de minerales se resumen mejor en las palabras de Tae-Yoon Kim de la Agencia Internacional de Energía (AIE) y es que mientras que un vehículo eléctrico requiere seis veces más minerales que uno convencional, la demanda de minerales como el litio ha experimentado un crecimiento

exponencial en los últimos años. Este mineral, piedra angular para tecnologías como las baterías de vehículos eléctricos, presenta retos medioambientales. Su extracción en áreas propensas a la sequía es un recordatorio de que la solución a un problema ambiental podría, irónicamente, generar otros.

Actualmente no enfrentamos una escasez per se, hay una preocupante concentración geográfica en la producción y refinamiento de estos materiales críticos. Esta concentración oligopólica puede conducir a vulnerabilidades en el suministro global. Por ejemplo, la República Democrática del Congo, Indonesia, Filipinas, Rusia, Australia, Chile y China están a la vanguardia de esta industria minera, y su control colectivo de minerales como el litio, el cobalto y el níquel podría tener repercusiones geopolíticas y económicas a nivel global.

China emerge como una potencia indiscutible en este escenario. Occidente, en su proceso de globalización, dejó un vacío en la producción de estos materiales, y China lo llenó. Su dominio se extiende más allá de la producción, respaldado por inversiones extranjeras directas en el sector metalúrgico que superan los 175000 millones de dólares desde 2005 hasta 2023. La estrategia de China para consolidar su posición ha sido clara, como se evidenció en 2010 cuando limitó las exportaciones de tierras raras a Japón. UBS sugiere que China podría controlar un tercio del suministro mundial de litio en pocos años, lo cual es alarmante. Tae-Yoon Kim de la AIE recalca las implicaciones significativas de tal concentración en términos de suministro y precios.

Las empresas chinas han invertido en territorios estratégicos, pero políticamente volátiles. Estas inversiones, según The Wall Street Journal, ascienden a 4.500 millones de dólares en



aproximadamente 20 minas de litio, ubicadas principalmente en América Latina y África. Países como Malí, Nigeria, México y Chile presentan desafíos en términos de estabilidad, lo que plantea riesgos significativos para la cadena de suministro

Europa, atrapada en esta telaraña geopolítica y de suministro, depende en gran medida de las importaciones de minerales críticos. Casi todas las tierras raras consumidas en Europa provienen de China, así como otros minerales esenciales de otros países. La Comisión Europea ha propuesto objetivos a través de la Ley de Materias Primas Críticas para reducir esta dependencia. La intención es clara: garantizar que no más del 65% del consumo anual provenga de un solo país fuera de la UE y que se fomente la producción y reciclaje internos.

La transición energética es un imperativo global, impulsado por la necesidad de mitigar el cambio climático y garantizar la sostenibilidad ambiental. Sin embargo, la manera en que se está llevando a cabo plantea cuestiones preocupantes desde una perspectiva ética y ecológica, especialmente cuando consideramos el papel que juega el continente africano. Lo que emerge es una historia de explotación, desigualdad y desequilibrio, donde África es una pieza crucial en el rompecabezas de la transición, pero con un coste desproporcionadamente alto.

Los minerales críticos, como el cobalto, el litio, el níquel y el zinc, son esenciales para las tecnologías limpias. Estos minerales son la base para las baterías de los vehículos eléctricos, las energías renovables y muchas otras innovaciones esenciales para una economía verde. Sin embargo, como señalan varios colectivos de la sociedad civil, su extracción

está beneficiando en su mayoría a las naciones desarrolladas, mientras que África sufre las consecuencias ambientales y obtiene beneficios marginales.

África podría seguir atrapada en un ciclo de pobreza a pesar de su papel vital en la transición energética. Un claro ejemplo es el lago Nzilo en la RDC, que se ha convertido en un símbolo de la degradación medioambiental. Las minas de cobalto cercanas han contaminado sus aguas, poniendo en riesgo la salud de las comunidades locales. A pesar de que la RDC exporta el 70% del cobalto mundial, una cifra nada despreciable, los beneficios no se quedan en el país. Es una ironía amarga: un recurso clave para la energía limpia, que está causando una crisis ecológica en el lugar de su extracción.

Las tierras indígenas, a menudo ricas en estos minerales, se ven particularmente afectadas. Estas comunidades, cuyos lazos con la tierra se extienden a lo largo de generaciones, enfrentan desplazamientos, deforestación y contaminación del agua.

Pero, ¿por qué, a pesar de los esfuerzos, la situación no ha mejorado significativamente? Parte del problema radica en la falta de cumplimiento. Aunque existen protocolos y acuerdos, no hay garantía de que las empresas y gobiernos los respeten. Se espera que el continente pague la factura ambiental de las naciones desarrolladas, pero no se beneficia de los avances.

Para que la transición energética sea verdaderamente sostenible y justa, nos vemos obligados a volver al paradigma de tener que reconsiderar el modelo de explotación en el que basamos nuestra forma de vida.



Sobre la opción de cambio de modelo, el recién nombrado líder del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas, Jim Skea, expresó en entrevistas a medios alemanes la necesidad de no priorizar en exceso el objetivo actual de la comunidad internacional de limitar el calentamiento global a 1,5 grados Celsius respecto a la era preindustrial. Enfatizó que aunque el sobrepasar dicho objetivo traería consigo problemas y tensiones sociales, no significaría una amenaza existencial para la humanidad. El hecho de que las temperaturas globales puedan superar el objetivo no implica el fin del mundo, pero sí una Tierra más peligrosa. Sin embargo, destacó que el cambio no solo depende de la abstinencia individual, sino que es esencial una infraestructura completamente nueva para impulsar cambios en los estilos de vida.

Parece claro que el cambio radical de sistema se ha descartado desde las instituciones subrayando que, aunque nos adentremos en un mundo con mayores riesgos para la vida humana, el cambio de modelo no es una prioridad. A esta conclusión se llega por presiones económicas, pero, al mismo tiempo por inercias sociales en las que tener la opción de poder elegir sigue siendo prioritario en las sociedades liberales. Tener esta disposición supone contemplar siempre la mayor de las opciones posibles aunque, paradójicamente esto suponga eliminar posibilidades a medio y largo plazo. Como ejemplo, la posibilidad de elegir entre una cantidad lo más extensa posible de estilos de vida supone de forma directa o indirecta la necesidad de tener a disposición la posibilidad de producir o adquirir los medios materiales que hagan posible ese modo de vida deseado y este punto quizás sea el elemento más difícil de afrontar. Resulta importante señalar que la libertad de elección debe ser consustancial a los individuos y sociedades pero no por ello debemos escapar a la idea de que

para que detrás de esa libertad de opciones en los cursos de vida debe existir la posibilidad potencial de dichas opciones. Es este motivo, junto con el conocimiento por amplias capas de población de la existencia de dichas opciones, lo que causa un mayor refugio de las sociedades en la idea de la solución de la mejor tecnología frente a propuestas de cambios radicales en los sistemas económico-sociales.

La solución, en un mundo ideal, está clara: hay que reducir el consumo y para ello debemos coordinar la producción a todos los niveles incluyendo desde lo local hasta lo internacional. Dicha coordinación en la producción también requiere de una adaptación de la distribución y finalmente del consumo. Como se ha mencionado anteriormente, este mundo ideal funciona bien en el laboratorio pero el mundo real implica multitud de factores que crea que en el medio y largo plazo el sistema idealmente diseñado tienda a la inestabilidad.

Pensar en un 2100 donde la humanidad podría encontrarse en un estado estacionario, con un crecimiento y producción limitados, puede resultar perturbador para algunos. Sin embargo, esta visión nos puede instar a reflexionar sobre las prioridades de nuestro desarrollo. Más que un simple retroceso, podría ser una oportunidad para repensar la naturaleza del progreso y la definición de bienestar. Es esencial que se establezca una colaboración más equitativa entre naciones desarrolladas y en desarrollo, garantizando que estas últimas no solo sean proveedores de recursos, sino también beneficiarios activos de la transición energética. Solo así podremos lograr una transición que sea tanto verde como justa, aunque esto suponga menor capacidad de consumo y menores opciones de formas de vida en las naciones desarrolladas.

A modo de conclusión, si bien hay evidencias claras de que las acciones humanas están moldeando el clima y el medio ambiente de formas sin precedentes, también es evidente que la innovación y la adaptabilidad humanas tienen el potencial de redefinir las trayectorias del crecimiento.

Las complejidades del sistema climático terrestre, desde la circulación oceánica hasta los ciclos de gases de efecto invernadero, son profundas y aún no totalmente comprendidas. Los desafíos que plantea el posible debilitamiento de sistemas como la AMOC son vastos y potencialmente devastadores. Pero, a la vez, el debate sobre el Antropoceno y el impacto humano en el medio ambiente resalta nuestra capacidad para comprender, adaptarnos y, posiblemente, mitigar o revertir algunas de las tendencias más preocupantes.

Adicionalmente, el eterno debate sobre los límites del crecimiento enfrenta visiones que consideran los recursos físicos del planeta como finitos frente a perspectivas que confían en la capacidad humana de superar obstáculos mediante la tecnología y la innovación. A medida que avanzamos en la búsqueda de soluciones tecnológicas y energéticas limpias, no podemos pasar por alto los costos asociados con la extracción y producción de estos minerales críticos. Lo que es claro es que el equilibrio entre crecimiento y sostenibilidad debe ser un punto focal de las discusiones en la toma de decisiones a todos los niveles.

El auge de las tecnologías limpias y renovables, aunque esencial para abordar la crisis climática, tiene su propio conjunto de desafíos. No solo es importante la producción de estos minerales, sino que también debemos ser conscientes de las repercusiones medioambientales y sociales de esta minería a gran escala. Se necesita un enfoque equilibrado que reconozca las necesidades tecnológicas emergentes mientras se mantiene un compromiso con la sostenibilidad y el bienestar humano.

Es evidente que en nuestra lucha por enfrentar el cambio climático y transitar hacia una economía global descarbonizada, surgirán dilemas y desafíos complejos. La dependencia de minerales críticos, aunque esencial, trae consigo consecuencias geopolíticas, económicas y medioambientales que no pueden ser ignoradas. La colaboración internacional, la inversión en

investigación y desarrollo y las estrategias de gestión sostenible serán clave para navegar por estos desafíos en las próximas décadas.

China, al asumir el protagonismo abandonado por Occidente en este escenario, se ha erigido como un hegemón de estos recursos. A través de inversiones millonarias y movimientos estratégicos, ha sabido consolidar una posición que puede condicionar la transición energética y, por ende, el futuro de la sostenibilidad global. Simultáneamente, esta necesidad extractiva nos ha llevado a territorios políticamente volátiles (volatilidad producida en multitud de ocasiones por las propias naciones desarrolladas), introduciendo un elemento adicional de inestabilidad en la cadena de suministro.

Europa, por su parte, emerge como una víctima de este entramado, siendo altamente dependiente de las importaciones y buscando estrategias para reducir su vulnerabilidad. No obstante, más allá de la geopolítica, surge una problemática ética y ecológica. La transición energética, aunque en teoría pretende una sostenibilidad global, en la práctica puede incurrir en un modelo de explotación que perpetúa las desigualdades y la degradación ambiental. África es paradigmática en este sentido: proveedor clave de minerales esenciales, pero víctima de las externalidades negativas del proceso, sin obtener beneficios. La explotación minera, especialmente en tierras indígenas, no solo afecta a ecosistemas, sino también a tejidos sociales y culturas milenarias. A esto se suma una implementación ineficaz de protocolos y acuerdos, lo que daña aún más a comunidades ya vulnerables.

La visión de Jim Skea del IPCC es reveladora. Pese a las consecuencias palpables del cambio climático, el enfoque de las instituciones es la adaptación y no la transformación del sistema. Las presiones económicas y las inercias sociales, que priorizan la libertad de elección y la comodidad inmediata, conducen a esta postura. La solución tecnológica emerge como el refugio predilecto, aunque en realidad posterga una necesidad imperativa: replantear nuestro sistema de producción y consumo, limitar nuestros posibles estilos de vida. 



Una alianza fértil entre el movimiento del decrecimiento y el sindicalismo para un futuro post-capitalista

Hugo Abad Frías. Activista climático y miembro de Verdes Equo



El asombro y la fascinación en la sala era patente cuando en la sesión inaugural de la IX Conferencia Internacional de Decrecimiento (29 de agosto-3 de septiembre de 2023, Zagreb), ante la pregunta sobre la asistencia a conferencias internacionales de decrecimiento previas, cientos de manos se alzaban para indicar que era la primera a la que asistíamos. Muchas y muchos somos personas jóvenes en los inicios de nuestras carreras académicas y profesionales, involucradas activamente en el movimiento climático desde la ola de 2019. En las conversaciones durante los días de la conferencia tomé conciencia con claridad de que el decrecimiento ha sido un punto de encuentro para profundizar en una alternativa integral al neoliberalismo desde la práctica del activismo al atajar su dogma central: el crecimiento a costa de todo y la optimización constante en pro del rendimiento (monetario). Desde el activismo climático ha habido un acercamiento al decrecimiento como marco y proyecto político para las transformaciones por delante en la respuesta al “cómo” del giro de escala civilizatoria necesario en este momento.

Recordemos que el decrecimiento como proyecto transformador no tiene como objetivo una reducción en el PIB, sino reinsertar la economía en las condiciones que permiten

su reproducción para que ésta esté al servicio del bienestar humano y planetario¹. Hacer esto conlleva probablemente una reducción del PIB, no obstante, el decrecimiento implica no solo un cambio en el paradigma económico, sino en la forma en la que cual nos relacionamos con el mundo, tomando en consideración la interdependencia y vulnerabilidad compartida que caracteriza la existencia humana como punto de partida para el diseño de las instituciones comunes. Esto supone un cambio cultural y ontológico (la forma en la que concebimos la propia realidad).

El diálogo entre el decrecimiento y los sindicatos ha tomado fuerza recientemente, en especial en los últimos meses en el contexto europeo, y comienza a dar sus frutos, entre los cuales es posible destacar tres cuestiones clave: En primer lugar, el decrecimiento posibilita resituar el carácter internacional del sindicalismo, un elemento central del movimiento obrero que bajo la globalización neoliberal ha quedado en un segundo

*1 Esta idea de “reinsertar” la economía en su sustento material y relacional es atribuible a Karl Polanyi en su obra *La Gran Transformación* (1944) y se encuentra en clara sintonía con los desarrollos más recientes en el campo de la economía ecológica feminista sobre reproducción social.*

plano en las últimas décadas. La solidaridad internacional de los y las trabajadoras hoy implica poner en cuestión relaciones de explotación que ocurren más allá de las fronteras de un Estado, donde el decrecimiento en el Norte Global implica dejar espacio para un desarrollo autónomo y pluriversal en el Sur Global. En segundo lugar, este nutrido diálogo permite fijar la atención en la importancia de (re)centrar la economía en torno a sectores esenciales para el bienestar humano y reducir (en algunos casos por completo) de forma justa y a través del diálogo social el tamaño de sectores productivos que comprometen claramente el sostenimiento de la habitabilidad del planeta y que son fuente de sufrimiento social y ecológico en el presente. Normalmente estos sectores suelen ser también los que tienen peores condiciones laborales y en los que los trabajadores y trabajadoras están expuestos a mayores riesgos y sustancias tóxicas, como es el caso de la industria fósil y el turismo masivo por citar algunos ejemplos. Por último, el intercambio en los planos académico y práctico entre los sindicatos y el decrecimiento hace posible ampliar el horizonte de transformación para la década presente y las que siguen, transitando de una postura defensiva a una de apropiación del espacio que el sistema capitalista ha tomado en las estructuras y prácticas sociales, con una visión clara de sociedad hacia la que dirigimos que busca el bienestar de todos (humanos y no-humanos) dentro de los límites planetarios.

En este escenario, emerge una oportunidad notable para que los sindicatos puedan incorporar en su quehacer diario y visión política la urgencia de generar nuevos imaginarios sociales en torno a una concepción del trabajo más allá del crecimiento.

Acudimos a la materialización progresiva de una alianza entre el movimiento climático, sindicatos y partidos políticos verdes y de izquierdas que tratan de poner en cuestión el neoliberalismo en su raíz para avanzar hacia un mundo post-capitalista, un contexto en el cual el proyecto político y el movimiento del decrecimiento se están convirtiendo en una brújula que dota de dirección e inspiración.

Son ya evidentes los numerosos puntos de encuentro a amplificar en este sentido. Un caso claro es el potencial que guarda la realización de campañas conjuntas en torno a propuestas específicas como la reducción de la jornada laboral. Además del triple efecto positivo que podría favorecer esta política (reducción del desempleo, mejora de las condiciones de vida y la reducción de los impactos ecológicos)², la acción colectiva en torno a causas comunes entre los sindicatos y el movimiento del decrecimiento puede favorecer la conformación de un nuevo sujeto transformador en este nuevo ciclo ecosocial, una nueva clase ecológica en palabras de Bruno Latour y Nikolaj Schultz, que tome conciencia de sí misma y que se posicione con claridad en la defensa por la mejora de las condiciones de habitabilidad en el planeta, con todo lo que ello implica en el terreno filosófico y político³.

²Juliet B. Schor (2010). *Plenitude: The New Economics of True Wealth*. The Penguin Press, New York.

³Latour, B., & Schultz, N. (2022). *Mémo sur la nouvelle classe écologique: Comment faire émerger une classe écologique consciente et fière d'elle-même. Empêcheurs de penser rond*.

Por otro lado, lo que comienza a traslucir de este intercambio es que el mayor miedo no debe radicar en la pérdida de puestos de trabajo o la necesaria creación de empleo para seguir el ritmo destructivo del crecimiento económico (razón por la cual los sindicatos han asumido en ocasiones una alianza parcial con los actores capitalistas favorables al crecimiento económico), sino en la urgencia de acabar con las dinámicas de acumulación y extracción que ponen en jaque el sostenimiento de la vida y que afectan en primer lugar a las y los trabajadores en una situación de mayor vulnerabilidad social. Este cambio de rumbo es difícil de concebir desde el marco institucional actual, por ello, la implantación conjunta de políticas tales como los servicios básicos universales⁴, una renta básica universal (en propuestas recientes como la renta de cuidados universal) y la ya citada reducción de la jornada laboral pueden contribuir al vital desacoplamiento entre bienestar y trabajo asalariado para hacer cambiar el terreno de juego⁵. Esta serie de reformas no reformistas, en palabras de André Gorz, pueden crear las

⁴ Para el caso concreto de los servicios básicos universales es clave el trabajo llevado a cabo por Peter Nitsche-Whitfield: Nitsche-Whitfield, P. (2022). *A labour–nature alliance for a social-ecological transformation*. Nitsche-Whitfield, P. (2023). *Beyond Economic Growth: The Role of Trade Unions in the Transition to Well-Being*. ETUI Research Paper-Report, 3.

⁵ Es muy relevante al respecto la línea de investigación en torno al post-trabajo, con artículos presentados en la Conferencia de Decrecimiento en Zagreb como el siguiente: Gerold, S., Hoffmann, M., & Aigner, E. (2023). *Towards a critical understanding of work in ecological economics: A postwork perspective*. *Ecological Economics*, 212, 107935.

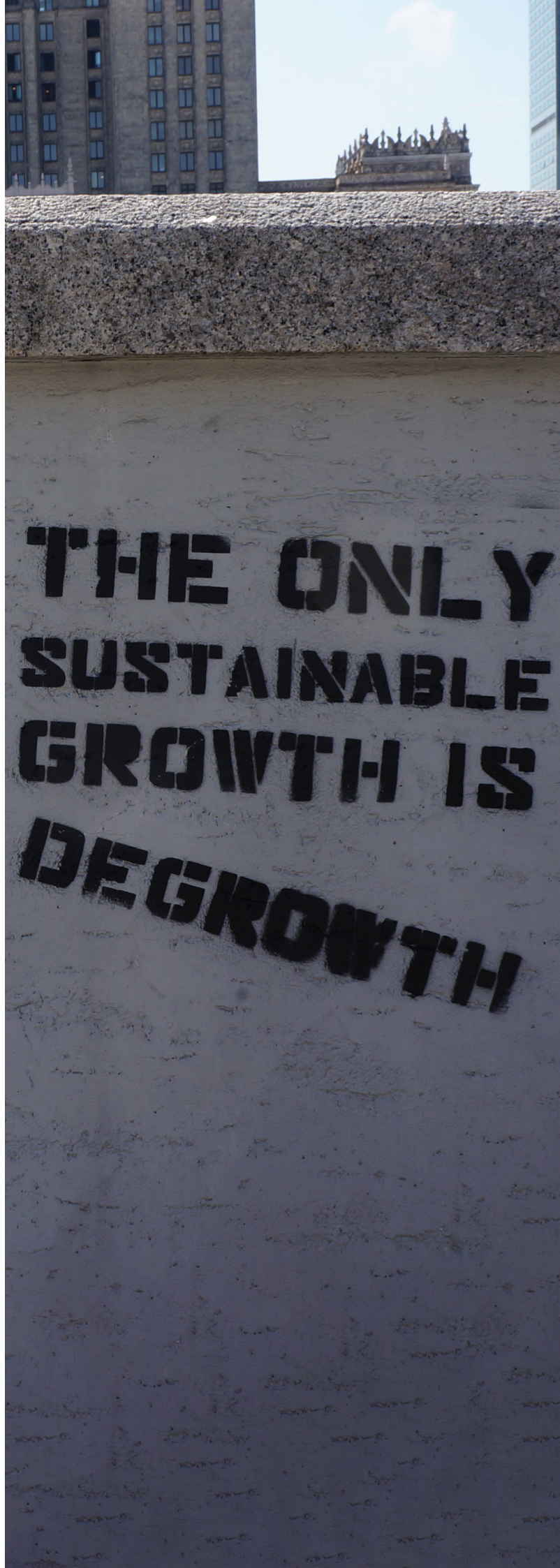
condiciones para que un imaginario alternativo post-trabajo emerja, o puesto de otra forma: la expansión del concepto de trabajo a todas las actividades (productivas y reproductivas) que contribuyen al cuidado del mundo en todas sus dimensiones: autocuidado, cuidado de los demás y cuidado del entorno.

Estas potencialidades, presentes en la realidad de las interacciones y sinergias vividas en Zagreb, muestran que, al igual que el movimiento medioambiental y ecologista debe ser crítico con las alianzas con el capital (dando lugar al greenwashing) y distanciarse de ellas, los sindicatos deben hacer lo mismo y retirarse de la alianza implícita en muchos casos con el capital en contra de las llamadas a la acción climática y ecológica más profundas. Los sindicatos son clave en la tarea de redefinir el trabajo más allá del crecimiento, comenzado por una reflexión crítica sector por sector para alinear la economía con la generación de un suelo social universal y un techo ecológico. La democracia económica es fundamental en este camino, permitiendo realizar este proceso de forma situada, combinada con un proceso multinivel de planificación ecológica como el propuesto por Schmelzer, Hofferberth y Durand⁶.

2023 es sin duda un año que está marcando un antes y un después. Tras la histórica conferencia Más allá del Crecimiento

⁶ Matthias Schmelzer realizó la presentación de su trabajo en la Conferencia de Decrecimiento en Zagreb en una ponencia basada en el siguiente artículo: Durand, C., Hofferberth, E., & Schmelzer, M. (2023). *Planning Beyond Growth: the Case for Economic Democracy within Ecological Limits*.

(Beyond Growth Conference) en el Parlamento Europeo en mayo de 2023 y la IX Conferencia Internacional de Decrecimiento en Zagreb, precedida por la asamblea del movimiento del decrecimiento que ha dado a luz a la Red Internacional del Decrecimiento, el horizonte de lo posible se amplía y es importante que la alianza entre trabajo y ecología se acabe materializando en una movilización social y política sin precedentes en esta década clave para la vida en el planeta. El ambiente que se respiraba en Zagreb es de esperanza y solidaridad más allá de las etiquetas clásicas de movimiento social, partido, sindicato... En estos momentos, la supervivencia de la especie humana y su prosperidad en un planeta compartido con el conjunto de la biosfera depende de la capacidad de generar imaginarios post-capitalistas que sean articulados y puestos en prácticas desde las distintas organizaciones y grupos que hoy operan en el campo social, al mismo tiempo que se frena la expansión y extractivismo capitalista desde su centro encarnado por el poder corporativo y financiero global. Una alianza fértil entre los sindicatos y el decrecimiento ya ha comenzado a tomar forma y tendrá muy probablemente un papel central en las movilizaciones y en las estrategias para una transformación socioecológica que ponga la vida en el centro. 





Yayo Herrero: “Las palabras clave de la transición ecosocial justa son límites, necesidades, redistribución, democracia, urgencia, precaución e imaginación”

Eva García Sempere entrevista a la antropóloga, ingeniera, profesora y activista ecofeminista Yayo Herrero para perspectiva.



Decrecimiento, postcrecimiento, colapso... ¿las palabras importan?

Por supuesto, las palabras importan. Es importante definirlas con precisión porque si el significado es nebuloso, pueden ser manipulables y causa de desencuentros.

Yo no soy una obsesa con las palabras. Lo que me importa es el reconocimiento del encontronazo irreconciliable entre los modos de producir, vivir y consumir propios de las sociedades capitalistas, eufóricamente desarrollistas, ultratecnificadas, petrodependientes, energívoras y consumistas, y los procesos que permiten sostener la vida, la humana y la no humana. Una colisión que empuja hacia escenarios que la comunidad científica ha calificado de colapso ecológico.

Ha de existir un compromiso con el decrecimiento en el uso de materiales y energía para evitar el colapso ecológico (caos climático, pérdida de biodiversidad, ciclos del agua, carbono o nitrógeno y cambios radicales en el funcionamiento de la trama de la vida) pero, además, habrá una contracción material, se quiera o no, a causa de la falta progresiva de disponibilidad de energías fósiles y minerales que hoy sostienen el metabolismo económico. Decrecimiento, por tanto, es a la vez el contexto material en el que se va a desenvolver la vida humana y un

proyecto económico y político, necesario y urgente, que debe centrarse en la garantía de condiciones de vida decentes para todo el mundo en ese contexto de crisis ecosocial y contracción material.

De no hacerlo, el resultado es la expulsión de vida humana y no humana, el asesinato de personas en las fronteras, el abandono de la gente y una precarización brutal de las condiciones de vida.

Ha sido el alma del grupo de trabajo y posterior documento de transición ecológica de Sumar, además de ser una de las caras más visibles y muy reconocidas del ámbito ecofeminista. En pleno debate sobre qué y cómo hacemos necesaria esa transición, ¿por dónde empezamos?

Coordiné efectivamente ese grupo de trabajo, cuyo documento final, por cierto, tiene poco que ver con lo que finalmente Sumar introdujo en su programa electoral en esta temática. Una pena y una señal del enorme trabajo que hay que seguir haciendo dentro y, sobre todo, como es mi caso, fuera de los partidos políticos.

Creo que una de las cosas importantes que hicimos, con la participación directa o indirecta de unas doscientas personas,



fue definir la transición ecosocial justa como un proceso compartido, planificado y deseado de reorganización de la vida en común, que tiene por finalidad la garantía de condiciones dignas de existencia para todas las personas y comunidades, con plena consciencia de que ese derecho ha de ser satisfecho en un planeta con límites ya superados, que compartimos con el resto del mundo vivo y que estamos obligados a conservar para las generaciones más jóvenes y las que aún no han nacido.

Puede parecer que definir no es importante pero es clave para entender que si las prioridades son garantizar una especie de renta básica en especie (vivienda, alimentación suficiente y de calidad, cuidados, acceso al agua y energía, educación, movilidad, etc.) a todo el mundo, y hay que hacerlo en un contexto de crisis ecosocial, las claves son la suficiencia (como derecho y obligación) y el reparto.

Las palabras clave de la transición ecosocial justa son límites, necesidades, redistribución, democracia, urgencia, precaución e imaginación.

Son múltiples los sectores que hemos de tocar, sea para reforzarlos, sea para reconvertirlos, sea para su desaparición total. ¿Cómo abordamos las medidas necesarias en los distintos sectores? ¿Qué papel habría de tener y cómo habría de integrarse el movimiento sindical?

Me parece central tener claro que proteger a personas no es lo mismo que proteger sectores. Lo importante es proteger a las personas. Eso lo tuvo siempre claro el movimiento obrero en sus inicios. A partir de ahí la clave es planificar en torno a las necesidades básicas humanas. ¿Qué hay que producir? ¿Cuánto y para quién? Hay sectores que deberán crecer y otros que deben desaparecer. Para poder decrecer con justicia hacen falta objetivos concretos y planificar esa contracción para proteger a las personas. Que haya objetivos concretos para cerrar las nucleares es la clave para pensar de forma planificada cómo hacer con quienes trabajan en esos sectores. De no hacerlo, además, hay sectores que se reconvertirán por las malas y los criterios del capital para cerrar ya sabemos cuáles son. Cuanto más tardemos en debatir sobre el turismo, por ejemplo, más nos arriesgamos a que simplemente se desplome, sin más, sin política pública de protección.

La crisis ecosocial hace que la contingencia sea cada vez más la normalidad. Proteger y hacer las cosas bien en la contingencia permanente es mucho más difícil. Hace falta planificación.

Los sindicatos, como otros movimientos sociales, son clave para que la planificación pueda ser democrática y compartida y no un ejercicio autoritario, injusto y triste.

Esto nos llevaría a la necesidad de una nueva ética, que propone entre otros Jorge Riechmann en su simbioética. ¿Sigue siendo urgente hablar de ética?

Muy urgente. Tenemos delante dilemas tremendos. Las migraciones, la desigualdad, la relación con el resto de seres vivos, el ascenso de las ultraderechas... La política es la ética en el plano colectivo. Saber, como dice Jorge Riechman en su obra, que libertad e igualdad van de la mano, que somos seres ecodependientes, que no hay tecnología, ni economía, ni vida desconectada de una Tierra translimitada, me parece crucial. Reconocernos como seres vulnerables y necesitados capaces de cooperar, imaginar, proyectar horizontes que puedan ser deseables y posibles y caminar hacia ellos, también.

En una entrevista decía Isaac Rosa que el futuro será lo que estemos dispuestos a defender. ¿Qué está Yayo Herrero dispuesta a defender?

Un presente y un futuro libres de violencia de cualquier tipo. Una sociedad capaz de llorar cada vida perdida. Un presente y un futuro de vidas sencillas en lo material y como dice Francia Márquez, un vivir sabroso y disfrutón. Un proceso político que nos permita mirar sin avergonzarnos a los niños y a las niñas, a las personas más jóvenes.

Por último, le voy a pedir recomendaciones literarias. En este contexto necesitamos leer mucho y aprender mucho sobre la situación de emergencia climática y, también, leer sobre futuros posibles y deseables para luchar por ellos. ¿Por dónde recomendaría empezar? Y, dentro de sus propias publicaciones, ¿cuál considera su libro imprescindible?

Hay muchísimo para leer. Yo recomendaría "Menos es más", de Hickel, cualquier libro o entrevista de Alicia Valero y Jorge Riechmann. De mis cosas, me gustaría que se leyera "Ausencias y extravíos" precisamente por la cuestión de la ética y el cambio cultural. Me parece útil para repensarnos como sujetos humanos y terrícolas y cuestionar las fantasías de poder mirarnos como individuos sueltos y de mirar a la Tierra desde fuera y por encima. Leería "El cuento de la criada", no la serie, el libro, y a Úrsula K. Le Guin para estimular la imaginación. ■



El trabajo y la vida en un planeta finito. Aproximación desde la mirada joven a los retos de la crisis ecosocial y del mundo del trabajo

Héctor Escudero Leiva. Co-coordinador de la Red de Activistas Jóvenes de Izquierda Unida
Afiliado a FSC-CCOO



La crisis climática va a reorganizar el trabajo y esto es un dato. Lo sabemos porque nos lo dice la ciencia desde hace décadas. Sectores clave, y fuente de precariedad, especialmente para mujeres, jóvenes y migrantes, van a verse afectados radicalmente con el clima creando oportunidades, peligros y contradicciones y el sindicato deberá anticipar y ofrecer salidas deseables.

El turismo ya está cambiando. Recordemos rápidamente algunos datos, antes de seguir para hacernos una idea de la dimensión que pueden suponer los cambios que voy a comentar: El turismo representa un 8 % del PIB y genera 2,27 millones de puestos de trabajo, el 11,4% del empleo total. Con el diferencial que hay entre el norte y el sur de España, no nos va a afectar a todas las regiones por igual.

Algunas encuestas advierten de que los turistas ya piensan en la crisis climática cuando eligen destino para sus vacaciones y viajeros habituales del norte están buscando alternativas a la zona mediterránea, mientras se benefician otros destinos menos populares hasta ahora como Dinamarca, Bulgaria o Irlanda.

Estas mismas encuestas advierten de que las temporadas turísticas se van a alargar. Además, sabemos que algunos modelos turísticos son especialmente derrochadores de agua y energía, sobre todo los que disfrutaban algunas élites, como a estos que les gusta tanto jugar al golf.

Así que muchas cosas van a cambiar y entiéndase, no necesariamente a peor y no para todo el mundo por igual. Es perfectamente compatible un buen turismo, en términos ecológicos y energéticos, con el empleo de calidad, pero ojo, que los del golf y los jets privados no van a ceder en nada por su propia voluntad, les tendremos que hacer entrar en razón...

Se deberán adaptar los trabajos, ¿Cómo soportar las olas de calor en una cadena de montaje? ¿Cómo va a reaccionar la patronal ante esto? Probablemente, porque un poco nos conocemos ya a estas alturas de la partida, que ellos tratarán de sostener determinados sectores en un país como el nuestro, dependiente de materias primas, reduciendo salarios para compensar el aumento de precios de materiales y suministros.

“Se deberán adaptar los trabajos, ¿Cómo soportar las olas de calor en una cadena de montaje? ¿Cómo va a reaccionar la patronal ante esto?”

Pero en cualquier caso, como decía, este artículo no es un réquiem, es un llamamiento a la acción. Tenemos oportunidades. A pesar de que la crisis climática pone en peligro la Península Ibérica por las altas temperaturas, tenemos una oportunidad, ya que en España estamos instalando renovables a buen ritmo (aunque en ocasiones a costa del mundo rural).

Esa es la tendencia en la mayoría de comunidades autónomas en cuanto a las renovables y eso hace que tengamos un precio de energía mucho más barato que otros países, no sólo por la excepción ibérica, y por lo tanto, podamos competir, por lo menos en corto y medio plazo a nivel industrial de una forma mucho más eficiente que en otros tiempos, y puede ser una oportunidad para generar empleo de calidad en España.

Habrà contradicciones, hay sectores en España, como el de la automoción, que representa el 7,7% del PIB, o, dicho de otra manera, uno de cada diez personas trabajadoras del país, que colisionan frontalmente con la transición energética y el aumento de la temperatura del planeta. En el mejor de los casos se van a reducir centenares de miles de puestos de trabajo en este sector, y ante todo esto, ¿Cómo vamos a reaccionar como país? ¿Y como sindicato?

Más contradicciones: ¿Abrimos minas de litio en España? ¿Cerramos las de carbón? Necesitamos ambos recursos finitos para la transición ecológica y ahora mismo los estamos obteniendo a costa de los países del Sur Global,

lo que nos recuerda que abordar este reto climático y energético requiere una mirada amplia, no sólo europea, sino comprendiendo la complejidad de esta crisis en el marco de un mundo multipolar ¿Qué pondremos por delante? ¿El empleo, la conservación de la naturaleza, la transición ecológica, el Sur Global...? 



Alberto Garzón: “La transición ecológica no puede hacerse sobre las espaldas de la clase trabajadora”

Eva García Sempere, coordinadora del Área Federal de Medio Ambiente de Izquierda Unida, entrevista al ministro de Consumo en funciones, Alberto Garzón, para PERSPECTIVA



Decrecimiento, poscrecimiento, colapso... ¿las palabras importan?

Sí, porque son nuestra forma de transmitir la manera en que pensamos la vida; por lo tanto, las palabras expresan implícitamente un sistema de ideas que, además, se mueve en un contexto social específico. Ello quiere decir que, además, las palabras no tienen por qué significar lo mismo para todo el mundo. Quizás la mejor manera de abordar esto, para evitar confusiones y malentendidos, sea emplear un método socrático: definir con la máxima precisión posible qué queremos decir cuando usamos cada palabra. Sin duda eso no resuelve el problema, pero acota el espacio de conflicto y, probablemente, conduce a encuentros teóricos que parecieran imposibles a priori.

El ejemplo paradigmático es el concepto de «colapso», que tiene un abanico enorme de interpretaciones. De hecho, ya aparece de manera normalizada en el léxico de nuestra cultura actual. Sin embargo, ¿quiere significar «colapso» que los sistemas pueden sufrir fallos estructurales que derivan en cierto tipo de desorden o desescalada de la complejidad de la estructura social? En ese caso, por ejemplo, no tendrá la misma implicación el ritmo con el

que eso suceda, por ejemplo, inminente o gradual, y su alcance, por ejemplo, referido a un sistema local o global. Un concepto que pretende cubrir fenómenos tan diversos probablemente no sirve para explicar nada concreto a menos que se defina bien previamente.

Ha sido el ministro decrecentista en esta legislatura, abriendo debates de mucho calado, no siempre bien comprendidos a la primera, pero sin duda que han marcado estos últimos años en el ámbito político, especialmente en cuanto a la necesidad de una transición justa. En pleno debate sobre qué y cómo hacemos esa necesaria transición justa, ¿por dónde empezamos? ¿Qué puede y qué no puede hacer un Gobierno?

Estamos hablando de una crisis ecosocial que tiene un alcance global, aunque sus manifestaciones sean profundamente asimétricas tanto regional como socialmente, y por lo tanto debemos asumir que la resolución final tendrá necesariamente que tener asimismo un nivel global. Pero, tal y como sucedió, y sucede aún, con la amenaza de la destrucción nuclear, todo comienza desde niveles inferiores. La concienciación del problema, la intervención social para movilizar al conjunto

de la ciudadanía, las prácticas de los gobiernos y de la sociedad civil... todo suma en una tarea hercúlea. No hace falta tener un plan perfectamente diseñado a priori, que inevitablemente sufrirá cambios, para comenzar a andar. Los gobiernos tienen mucho margen de maniobra, tanto regulando como generando los incentivos suficientes para que las cosas cambien. Transporte, vivienda, producción energética, gestión de los ecosistemas y de los recursos naturales, diseño y adaptación urbana, promoción de cambios de hábitos de consumo... es muchísimo lo que se puede y se debe hacer.

Desde el Ministerio de Consumo, pero también desde Izquierda Unida, fuerza de la que es coordinador federal, ha defendido que esta transición justa ha de acometer todos los sectores. En una sociedad que todavía recuerda con dolor lo que significaron los procesos de reconversión ¿cómo empezamos a hablar de reconversiones masivas de sectores? Se hace necesario hablar de reducción de la jornada, pero aún hemos de avanzar hacia un salario mínimo que permita una vida digna y la cobertura de las necesidades sociales. Hemos de reducir el consumo para tener una oportunidad de futuro, aunque eso implique comprometer el presente de muchos y muchas trabajadoras. En este sentido, ¿cómo conjugamos movimiento político, ecologista y sindical? ¿Qué papel habría de tener y cómo habría de integrarse el movimiento sindical?

En mi opinión lo primero es comprender que la crisis es ecosocial, lo que significa que por ejemplo el cambio climático no afecta por igual a todo el mundo. En la

sociedad estratificada en clases sociales es obvio que las consecuencias serán también de clase. Así, que la clase trabajadora comprenda las implicaciones de la crisis ecosocial es una necesidad de primer orden. También lo es que la gestión de la misma se realice efectivamente atendiendo a los costes asimétricos que conlleva. La transición ecológica no puede hacerse sobre las espaldas de la clase trabajadora o de determinadas regiones. Las políticas públicas ecológicas deben atender estas dimensiones a fin de no sólo ser justos sino también de distribuir adecuadamente los esfuerzos y poder ganar base social que ayude en esta tarea.

El ejemplo que pongo a menudo es el de las macrogranjas y el mundo rural. Las derechas intentan construir un traje según el cual lo ecologista es sólo cosa de urbanitas jóvenes y desconectados de las preocupaciones del mundo rural. Esto no es en absoluto cierto. Las principales movilizaciones en este país contra las macrogranjas las realizaron tanto la ciudadanía del mundo rural como muchos agricultores pequeños y medianos que se ven desplazados por las grandes explotaciones propiedad de los fondos de inversión. Porque en el mundo rural también hay clases sociales y asimetrías. El mundo sindical está habituado a trabajar con contradicciones y tiene por delante un papel crucial en mi opinión: conseguir que la clase trabajadora no sea cooptada por la visión cultural reaccionaria a lo largo de un proceso que, en todo caso, va a tener lugar inevitablemente.



Ha hecho, tradicionalmente, pedagógicas intervenciones en las Cámaras para explicar conceptos de macroeconomía y microeconomía, desmontando distintas falacias neoliberales. ¿Qué pedagogía necesitamos para empezar a contar que la situación de declive de los recursos requiere de medidas radicales y cómo eso afectará en el día a día de la clase trabajadora?

El salto cultural que debemos dar es enorme. Debemos aceptar que la izquierda pertenece a una tradición política que se ha desplegado también en el marco cultural del productivismo e, incluso, de una visión de la dinámica social limitada al conflicto capital-trabajo. Hemos construido políticas sobre la base de energía abundante y barata, y esto no va a continuar mucho más tiempo. Y lo cierto es que en los análisis habituales de la izquierda subyace una débil comprensión de la importancia del entorno natural y, en particular, del papel de los recursos naturales (incluyendo combustibles para la producción energética). El análisis teórico es claro: estamos obligados a desescalar el nivel de consumo de recursos y energía de nuestras economías. No podemos ni esquivar la segunda ley de la termodinámica ni evitar que algunos recursos naturales sean escasos. Ahora lo que toca es la política: cómo lograr eso de manera justa y compatible con la libertad y la democracia para el conjunto de 10.000 millones de personas que habrá en el mundo para 2050.

En una entrevista decía Isaac Rosa que el futuro será lo que estemos dispuestos a defender. ¿Qué está Alberto Garzón dispuesto a defender?

Defendemos una obviedad: que cualquier sociedad se construye dentro de los límites naturales del planeta.

La vida es posible en la Tierra, y es el único lugar del universo donde sabemos hasta ahora que existe, gracias a una serie de frágiles equilibrios. Alterar esos equilibrios por la codicia inherente a un sistema económico llamado capitalismo es lo más cerca del suicidio colectivo que podemos estar. Y yo estoy en contra de esa senda y, por el contrario, muy a favor de defender que exista un lugar en el universo donde la especie humana y todas nosotras podamos vivir y ser felices.

Por último, le voy a pedir recomendaciones literarias. En este contexto necesitamos leer mucho y aprender mucho sobre la situación de emergencia climática y, también, leer sobre futuros posibles y deseables para luchar por ellos. ¿Por dónde recomendaría empezar? Y, dentro de sus propias publicaciones, ¿cuál considera que es el libro que necesita escribir?

Hay muchos libros de divulgación científica muy buenos, todos nos permiten comprender lo muy afortunados que somos de vivir en este punto del universo que es, al mismo tiempo, tan frágil. Y otros muchos libros nos hablan de políticas públicas para abordar el cambio climático y la crisis ecosocial. Necesitamos conectar bastante más ambas dimensiones, la científica y la política. En el campo en que estoy trabajando desde hace años, el de la economía biofísica, hay muy poca producción literaria que responda a esa necesidad. Si el tiempo me lo permite, espero que pronto pueda cristalizar en alguna publicación en esa dirección. Mientras tanto, claro, una excelente publicación de alto nivel es «Energy and The Wealth of Nations» de Charles A.S. Hall, y para la divulgación provocadora podemos empezar con «Menos es más» de Jason Hickel. 



En un planeta finito dejar de crecer es inevitable

Juan Bordera. Guionista, activista y autor de “El otoño de la civilización”



Vivimos en un indescriptiblemente precioso planeta. Pero ese planeta también es finito. Crecer al 3% cada año provoca que tengas que duplicar tu Producto Interior Bruto en unos 20 años, y multiplicarlo por 16 en apenas un siglo. Es lo que tiene el crecimiento exponencial, que nuestra mente no está del todo adaptada para entenderlo, a la vista de los resultados.

Los resultados son: hemos sobrepasado ya el pico de producción del petróleo de calidad, se están agotando muchos recursos clave a un ritmo creciente y los máximos de producción del gas o del carbón están cerca de ser sobrepasados.

A la vez, y desgraciadamente este verano es buena prueba de ello, estamos traspasando muchos límites biofísicos cruciales incluidos los que se conocen como “puntos de no retorno climáticos”. Una vez traspasados, el clima de la Tierra se alejará con una inercia irrefrenable de la estabilidad del Holoceno –el periodo de los últimos 12.000 años que ha visto nacer a todas las civilizaciones conocidas- hacia un nuevo territorio. Un territorio que algunos de los mejores científicos vivos que tenemos han denominado “Tierra-Invernadero”.

Quizá en castellano la traducción de Hothouse Earth (Tierra-Invernadero) sea un nombre demasiado amable. Uno que no ayuda a describir bien la dimensión de la tragedia. Un nombre que parece dibujar un escenario en el que podremos seguir cultivando tranquilamente tomates y patatas bajo un mar de plástico. Nada más lejos de la cruda realidad. La inestabilidad climática tiene el poder de hacer desaparecer una gran parte de la vida en la Tierra, complicar las cosechas durante milenios y convertir a los fenómenos climáticos extremos en el pan nuestro de cada día. Una lotería de inundaciones, granizadas, olas de calor, sequías para la que cada vez habrá más boletos en casi todas partes. “Tierra-Infierno” sería sin duda un nombre más aproximado a lo que vamos a vivir si se desatan los mecanismos de realimentación de los elementos clave del Sistema Tierra.

Tenemos que comprender que los elementos clave del equilibrio climático del planeta son como los órganos de un gran cuerpo, están directamente relacionados. Si te falla el hígado, los riñones se resentirán y tendrán más trabajo. Si perdemos las capas de hielo del permafrost o de Groenlandia, esto afectará ralentizando a la corriente termohalina, que ya nos avisan algunos de los mejores expertos en la materia de que colapsará probablemente este siglo.

“La inestabilidad climática tiene el poder de hacer desaparecer una gran parte de la vida en la Tierra, complicar las cosechas durante milenios y convertir a los fenómenos climáticos extremos en el pan nuestro de cada día”

Un estudio reciente publicado en la prestigiosa revista Science, alerta que para 6 de estos 16 elementos clave el límite está por debajo de los famosos 2° C. Cerca. Tan cerca que comienza a sentirse con fuerza el calor por todo el planeta.

Con el peso del conocimiento sobre sus cabezas, hasta científicos del máximo nivel como Peter Kalmus, de la NASA, Fernando Valladares o Julia Steinberger, están uniéndose a movimientos sociales para realizar acciones como encadenarse a bancos o cortar carreteras, quizá como último recurso desesperado para llamar la atención de la sociedad. A las sufragistas y a tantas otras luchas les funcionó, con el tiempo. Toca asumir que el mayor riesgo en la sociedad del riesgo es precisamente no hacer nada.

Pero hay una buena noticia: por fin se está hablando de decrecimiento. De lo que le ocurre a toda cosa en el universo –salvo a la estupidez humana, decía Einstein-. De algo que a nuestras economías les va a ir pasando también. De una palabra –decrecimiento– que se refiere a una teoría económica que plantea un dilema: ante el choque contra los límites materiales, el descenso puede ser planificado y lo más equilibrado posible, o dejando que el mercado asigne tan bien los recursos como lo ha hecho hasta ahora. O redistributivo y justo, o caótico.

El IPCC, el organismo climático más importante del mundo, la sabiduría colectiva de la Asamblea Ciudadana por el clima del estado español, el New York Times en portada en su edición internacional, el ministro de consumo Alberto Garzón, el presidente de Colombia Gustavo Petro, o el de Irlanda Michael D. Higgins. En muy poco tiempo, parece

que por fin, desde posiciones cruciales se está perdiendo el miedo a hablar de decrecimiento.

La propuesta del decrecimiento no tiene nada que ver con “gestionar recesiones económicas”, es más bien al revés: lo que el decrecimiento plantea es un fortalecimiento de lo esencial, de lo público, de la sanidad, de la alimentación de calidad, local y de proximidad, para poder gestionar de manera equitativa las crisis que van a venir. Es una propuesta de democratización radical, de reducción de la jornada laboral o de sectores ineficientes o perversos como el armamentístico, pero sobre todo es una propuesta de reducción de la desigualdad económica.

Yendo al detalle, el abanico de propuestas concretas que pueden cohabitar en el marco del decrecimiento es amplísimo: trabajo garantizado, renta básica –o un híbrido de ambas–, aumento del salario mínimo, imposición de salarios máximos, monedas sociales –que facilitan la relocalización imprescindible– impuestos a la riqueza para financiar la transición, nacionalizaciones parciales o totales, la inevitable reducción de la jornada laboral ¡y sólo estamos hablando de la economía! Hay toda una revolución a la espera de que asumamos los límites. En regeneración de ecosistemas, en ingeniería, en los sectores quizá más cruciales, el energético y el alimentario. En el asumir los cuidados y darles valor.

No hay una fórmula mágica y distintas zonas del planeta tienen diferentes contextos. Por eso es tan necesario que tengamos cada vez más este debate: ¿cómo vivir en un mundo con menos recursos disponibles? Obviamente, para empezar, aceptándolo. 



Repensando el crecimiento económico: salud, trabajo y emergencia climática en el siglo XXI

Pedro Gullón. Profesor e investigador en la Universidad de Alcalá

Mario Fontán. Investigador en el Centro Nacional de Epidemiología
(Instituto de Salud Carlos III) y en la Universidad de Alcalá

María Iglesias. investigadora en el Centro Nacional de Microbiología (Instituto de Salud Carlos III)



Uno de los mayores mantras de las sociedades capitalistas del siglo XXI es la prioridad dada al crecimiento económico. Incluso desde parte de la izquierda, se busca como el gran objetivo económico que el Producto Interior Bruto (PIB) crezca trimestre a trimestre. Este enfoque encuentra su sentido teórico en el sistema económico en el que vivimos; el crecimiento económico puede llevar, por ejemplo, a más gente trabajando o a unas mejores inversiones públicas en servicios básicos. Por tanto, la preocupación por nuestra salud nos lleva a fijarnos en el crecimiento económico, ya que nos permitirá tener más recursos económicos para hacer inversiones en salud, ya sea para tener mejores tecnologías que nos protejan de las consecuencias de la enfermedad o para tener mejores condiciones de vida que hagan que vivamos mejor. No obstante, nuestro trabajo es intentar problematizar si el crecimiento económico siempre es beneficioso para la salud, bajo qué condiciones, y cómo podemos mejorar la salud poblacional sin necesidad de un crecimiento económico ad infinitum, que sabemos que no es sostenible.

Y no, no siempre el crecimiento económico es positivo para la salud. De hecho, la evidencia científica dentro

del campo de la salud pública nos dice que los periodos de crecimiento económico suelen ser periodos donde la mortalidad aumenta. Esto suele ocurrir porque en esos periodos se producen más accidentes de tráfico, más contaminación atmosférica o más consumo de sustancias. Aunque parezca algo paradójico, también es algo inserto en la dinámica capitalista. Más crecimiento económico está asociado con más consumo, y el crecimiento económico no es positivo para todos los sectores de la población por igual. Sin embargo, esta relación entre el crecimiento económico y la mortalidad también depende de qué hagamos con el crecimiento económico. Un estudio de 2017 en 21 países de la OCDE encontró que, si durante los periodos de crecimiento económico se aumenta el gasto social, esta relación desaparece. Es decir, las reglas de cómo funciona el capitalismo y cómo afectan a nuestra salud dependen de lo que hagamos en la organización social. Por tanto, para mejorar la salud de la población, no necesitamos siempre de un crecimiento económico constante. Necesitamos saber qué hacer y cómo distribuir los recursos en cada momento teniendo en cuenta que el crecimiento económico infinito es insostenible en el largo plazo. Es decir, tenemos que desligar nuestras condiciones

materiales de vida (que son las que nos pueden aportar o quitar salud) del crecimiento económico y la dinámica de crecimiento capitalista. Por ello, desde aquí planteamos algunos escenarios de acciones para mejorar la salud de la población en los que el crecimiento económico no es necesario, y que actúan sobre los efectos de la crisis climática en la salud, seguramente el reto más importante para la salud pública del siglo XXI.

En primer lugar, los cambios en el entorno derivados de la emergencia climática pueden propiciar la aparición de nuevas enfermedades que afectarán especialmente a los trabajadores. Bien por la modificación del entorno y los cambios en el clima que sufrimos o bien dada su labor profesional. Por ejemplo, las zoonosis son enfermedades causadas por patógenos que pueden transmitirse a los humanos tanto directa como indirectamente a través de los animales, y representan una seria preocupación para la salud pública al constituir un riesgo directo para la salud humana.

A nivel global, los datos han demostrado que las 13 zoonosis más comunes han tenido un impacto significativo en los ganaderos y ganaderas de países en vías de desarrollo, resultando en aproximadamente 2.7 millones de muertes humanas al año (1). Además del impacto en la salud humana, no debemos pasar por alto su grave repercusión en la economía de las comunidades, ya que la salud de los animales y los agricultores se ve seriamente afectada, lo que a su vez afecta la producción.

En nuestro país, el cambio climático está contribuyendo al resurgimiento de vectores que habían desaparecido previamente, lo que podría reintroducir enfermedades que se creían erradicadas en nuestra región. Además, en la actualidad, estamos enfrentando una oleada de brotes de gripe aviar en granjas europeas, algunas de las cuales se encuentran en territorio español. Esto aumenta el riesgo de transmisión de aves a humanos con una cepa de gripe a la cual nunca nos hemos enfrentado. Las condiciones de hacinamiento de los animales en las granjas y las difíciles condiciones laborales de muchos trabajadores de esta industria podrían ser el caldo de cultivo para una potencial nueva pandemia. Por tanto, debemos considerar si vale la pena arriesgarnos a sufrir graves consecuencias nuevamente debido a la falta de reconsideración de nuestros hábitos de consumo y la falta de defensa de los derechos y la protección de los trabajadores de las granjas.

Es decir, la mejora de las condiciones de las personas que trabajan en las granjas o las políticas que nos ayuden a regularizar y poder controlar la situación de estas personas son políticas de protección para la salud. La aparición de nuevas enfermedades plantea un nuevo desafío para el mundo laboral, con condiciones más difíciles para los trabajadores y la producción, suponiendo un impacto adicional en la clase trabajadora que quizás estemos a tiempo de parar. Ya lo vimos durante la pandemia de COVID-19, y cómo los trabajadores temporeros sufrieron en algunos momentos unos aumentos de incidencia preocupantes, no repitamos los errores ya conocidos.

“Los cambios en el entorno derivados de la emergencia climática pueden propiciar la aparición de nuevas enfermedades que afectarán especialmente a los trabajadores. Bien por la modificación del entorno y los cambios en el clima que sufrimos o bien dada su labor profesional”

Por otro lado, la emergencia climática a la que nos enfrentamos, derivada de un modelo económico que busca en última instancia la acumulación de capital sin considerar los límites planetarios, tiene un impacto en la salud de la población, entre otros mecanismos, a través de lo que se conoce como “olas de calor”. Estas se definen como períodos en los que se registran unas temperaturas anormalmente elevadas durante más de dos días seguidos. Sus efectos en la salud pueden ir desde mareos y dolor de cabeza, hasta ictus e incluso la muerte en situaciones extremas, especialmente en personas de mayor edad o que padecen enfermedades(2). La frecuencia de estos episodios ha aumentado en las últimas décadas y se ha incrementado como consecuencia del calentamiento global, y se espera que esta tendencia se acelere en los próximos años (3). Un estudio reciente muestra que las olas de calor se producían una vez cada cien años con el clima del año 2000, mientras que con el clima actual se producirían cada diez o veinte años, e incluso este intervalo podría ser menor si finalmente la temperatura global aumenta entre 1,5-2°C.

Sin embargo, el impacto de las olas de calor no es similar entre los distintos grupos sociales (4,5). Por desgracia, en los últimos años las consecuencias para la salud de estos fenómenos han tenido un mayor protagonismo en el debate público, en parte, debido al fallecimiento de personas trabajadoras durante su jornada laboral a consecuencia de temperaturas extremas. Las personas de clase trabajadora que realizan su trabajo en el exterior,

como por ejemplo en el sector de la construcción o de la agricultura, se encuentran más expuestas a las olas de calor. También aquellas con unas condiciones habitacionales más precarias en términos de climatización o en barrios con menos zonas verdes, o las mujeres y las personas de mayor edad. Por tanto, el abordaje de las estrategias de adaptación y mitigación dirigidas a reducir el impacto de las olas de calor debe realizarse desde una perspectiva de clase, género e interseccional, junto con otros ejes de desigualdad.

El sistema actual basado en la búsqueda de acumulación de capital y de crecimiento constante es insostenible en el largo plazo. Esto nos obliga a repensar como sociedad la centralidad del trabajo en nuestras sociedades y nuestra relación con el mismo, así como una nueva concepción de lo que entendemos por salud laboral. En una sociedad decrecentista, la salud laboral no puede ser entendida, exclusivamente, como el garantizar unas condiciones de seguridad en el trabajo para minimizar el impacto en la salud de las tareas realizadas, o disponer de un personal sanitario en el lugar de trabajo cuyo objetivo primordial sea conjugar unos niveles de salud suficientes con el mantenimiento de la productividad. Además, la emergencia climática y el aumento de las temperaturas hará cada vez más difícil poder trabajar en condiciones de salubridad durante jornadas prolongadas de tiempo. Debemos buscar que el trabajo deje de ser un factor de riesgo para la salud de las personas y del medio ambiente. Esto pasará por una redefinición de los trabajos necesarios

“La emergencia climática a la que nos enfrentamos, derivada de un modelo económico que busca en última instancia la acumulación de capital sin considerar los límites planetarios, tiene un impacto en la salud de la población, entre otros mecanismos, a través de lo que se conoce como “olas de calor”

para mantener las estructuras básicas de la sociedad y por un reparto del trabajo entre todas las personas en edad activa. Una menor dedicación al trabajo tal y como se entiende en la actualidad permitirá poder dedicar tiempo al ocio y a cultivar las relaciones personales y comunitarias, lo cual tendrá un impacto no solo en la salud mental de la población, sino también en su salud física. Trabajar menos para que todas y todos, incluido el planeta, puedan vivir mejor. 

1. Grace D, Mutua FK, Ochungo P, Kruska RL, Jones K, Brierley L, et al. Mapping of poverty and likely zoonoses hotspots [Internet]. International Livestock Research Institute; 2012 jul [citado 11 de septiembre de 2023]. Disponible en: <https://cgspace.cgiar.org/handle/10568/21161>

2. Heatwaves [Internet]. [citado 11 de septiembre de 2023]. Disponible en: <https://www.who.int/health-topics/heatwaves>

3. Perkins-Kirkpatrick SE, Lewis SC. Increasing trends in regional heatwaves. *Nat Commun.* 3 de julio de 2020;11(1):3357.

4. Ellena M, Ballester J, Mercogliano P, Ferracin E, Barbato G, Costa G, et al. Social inequalities in heat-attributable mortality in the city of Turin, northwest of Italy: a time series analysis from 1982 to 2018. *Environ Health.* 16 de noviembre de 2020;19(1):116.

5. Gronlund CJ. Racial and socioeconomic disparities in heat-related health effects and their mechanisms: a review. *Curr Epidemiol Rep.* 1 de septiembre de 2014;1(3):165-73.



Alternativas para un sector agroalimentario socialmente necesario

Iria Costela Peña. Veterinaria especializada en apicultura y ganadería
Álvaro Areta García. Doctor ingeniero agrónomo



La cadena alimentaria –sistema por el que los productos agroalimentarios llegan desde el campo hasta la mesa–, en su configuración actual, no funciona. Por un lado, su estructura no sólo favorece el abuso de ciertas empresas y agentes sobre las personas que trabajan en ella, sino que también impide a productores y productoras de alimentos vivir dignamente de su actividad. Por otro, no es capaz de proporcionar alimentos saludables y de calidad a toda la sociedad ya que, en el caso de muchas consumidoras, su limitado poder adquisitivo supone una importante barrera de acceso a estos productos. Por último, esta cadena no se ajusta a los límites materiales del planeta. El diagnóstico sobre la insostenibilidad de este entramado parece claro.

Sin querer negar la complejidad de la situación que afrontamos, la urgencia a la que obliga la actual crisis ecosocial nos fuerza a huir de la abstracción y empezar a plantear propuestas concretas con las que poder empezar a pasar del “pensar” al “hacer”. Creemos que hacen falta iniciativas realistas que puedan aplicarse lo antes posible, orientadas a atacar la estructura actual y a fortalecer y cohesionar iniciativas de abajo a arriba que vienen funcionando desde hace años y apuestan por otro modelo de distribución de alimentos: supermercados

cooperativos, grupos de consumo y otros canales cortos de comercialización.

Pueden existir múltiples vías posibles para transformar el sistema. Nuestra propuesta es crear una Seguridad Social Alimentaria (SSA) vinculada a una Red Alternativa de Producción, Transformación y Distribución de Alimentos. Se trataría de un sistema, similar a la Seguridad Social médica, que ofreciera universalidad en el acceso a la compra de alimentos a través de una Red cuyos participantes cumplieran con criterios de justicia social y agroecología. Cada persona dispondría de una cuantía fija mensual no acumulable (y variable en función de determinados criterios) para gastar, obligatoriamente, en las entidades participantes en dicha Red. Podría financiarse a través de las cotizaciones del trabajo, dividendos empresariales o vía impuestos.

La propuesta podría dar respuesta a muchos de los retos que plantea la materialización de una transición agroecológica en la producción, transformación y distribución de alimentos ya que impulsaría, a través de la demanda, un cambio de modelo agroalimentario. Fundamentalmente:



-remuneraría adecuadamente el trabajo de las personas productoras y trabajadoras de la cadena alimentaria. Quienes quisieran participar y beneficiarse del sistema de SSA deberían cumplir una serie de criterios que, entre otros, incluirían el pago de un salario digno a todas las personas trabajadoras en la Red, incluidas las productoras de alimentos. Sólo tendrían cabida proyectos que se rigieran por criterios de justicia social, de igualdad entre hombres y mujeres, y de cooperación sin ánimo de lucro.

-garantizaría el acceso de todas las personas (independientemente de su renta) a la compra de productos en la Red. Hoy la estructura de la cadena posibilita la venta de alimentos con un PVP artificialmente bajo. Incluir en dicho PVP el coste de todos los impactos negativos generados a lo largo de su producción, elaboración y distribución generaría necesariamente un encarecimiento. A través de la cuantía fija mensual, todas las personas podrían acceder a la compra de esos alimentos, a pesar del incremento en los precios. También sería necesario elevar la presión sobre productos vendidos fuera de la Red que generan impactos medioambientales, sociales y de salud pública inasumibles, y se venden a precios no sólo artificiales, sino escandalosamente bajos (como ultraprocesados o productos cárnicos o agrícolas que proceden de modelos industrializados dependientes de importaciones y exportaciones).

-frenaría la deriva intensificadora de las explotaciones agrícolas y ganaderas. Las políticas y estrategias que determinan el funcionamiento de la actual cadena alimentaria son las que llevan a una parte de agricultores y ganaderas a seguir creciendo para ajustarse a las exigencias del mercado. Proteger a las iniciativas que no están en

esa deriva y traccionar, posibilitando su transición, de las que sí lo están es uno de los mayores retos a los que nos enfrentamos. Limitar el tamaño de las explotaciones o dificultar la existencia de monocultivos podrían ser medidas clave. Existen evidencias de que se puede proveer a la población española de alimentos seguros y saludables, culturalmente apropiados y con impactos asumibles para el planeta, en el marco de la agroecología¹. El modelo productivo del futuro ha de ser el socialmente necesario y hacerse cargo de estas evidencias. Sería importante poder definirlo colectivamente y exigir políticas públicas que lo configuren y robustezcan.

Pero un hipotético éxito de este sistema, en detrimento del actual modelo agroalimentario, plantearía otros retos a los que también habría que dar respuesta. Ofrecer opciones deseables de reubicación profesional para todas las personas que trabajen en áreas no socialmente necesarias de la cadena será imprescindible para evitar las lógicas resistencias derivadas de la incertidumbre generada en esta reconversión. Nuevas propuestas de actividad como la creación de la Red o la reordenación de las explotaciones agrícolas y ganaderas (que aumente su número y el empleo generado), podrían contribuir a un horizonte de redistribución del trabajo satisfactorio para todas. Es necesario estudiar cómo ha de hacerse esta reestructuración del empleo, cuantificarla y sentar las bases para que sea justa y no percibida como una amenaza entre quienes ahora trabajan en el sector agroalimentario. Únicamente generando ilusión y esperanza por el cambio será posible llevarlo a cabo. **F**

¹ *Amigos de la Tierra. La urgencia de una transición agroecológica en España.*



servicios a la ciudadanía